

# El alcalde chino, el hotel y otras narraciones



*Juan Ferrera Gil*

## LOS PRIMEROS PASOS DEL PRIMER ALCALDE CHINO DE ARUCAS (I)



Cuando Cha Nin You Fan-Fay recaló en nuestra ciudad, a principios del siglo XXI, aún no se había inaugurado el Centro Comercial EL MERCADO, que iniciara un porrón de años antes un alcalde nacionalista, especialista en agujeros; el mismo que se había sacado de la manga el Hotel Rural, que tampoco abrió sus puertas. Cha Nin, empresario especializado en telas, lasalianas chinas, camisones de dormir, rebecas de señora para cuando los niños tienen frío, mantones de Manila, made in China, claro, zapatos de todos los colores y chucherías varias, así como pullovers calentitos para el invierno, abrió sus tiendas en lo que un día fueron Loyalte, La Gacela y Cucaña. Luego compró la casa de Paquito Lorenzo y volvió a reabrir el local de la planta baja, que en un tiempo pasado acaso fuera la tienda de tejidos más grande de nuestra ciudad. Pero tuvo dos fracasos y un acierto: los fracasos no lo tumbaron nunca. Primero intentó comprar la gasolinera de Los Portales, pero no hubo forma de hacerse con ella. Luego intentó reabrir el Mesón de la Montaña y comprarle los terrenos a la Marquesa de Arucas, afincada en Madrid, pero tampoco hubo manera de llegar a un acuerdo “con esa mujer tan difícil”. Entonces, un día, mientras se tomaba un cortado en la terraza de la Cafetería Embrujada se le abrieron los ojos; bueno, la verdad, un poco; ya saben ustedes cómo son los chinos para eso.

--¡¡¡Complaré el Melcado!!! –dijo con súbita alegría y la natural extrañeza de los parroquianos cercanos cuando vieron al chino de pie “sobre de la silla” y agitando los brazos al cielo.

Habló con el grupo de empresarios que se habían hecho con el local; luego con los jueces y, por último, tuvo unas palabras, correctas, desde luego, con la primera alcaldesa socialista de Arucas, Martina Freire d’Anjou, ilustre dama madrileña que se ganó a los aruquenses por su natural simpatía, porque se la veía más en las calles y en los barrios que en el despacho, y porque siempre tenía unas palabras amables para todos, sin que ello quiera decir que

mintiera, que escondiera la realidad o que prometiera imposibles; y eso, en aquellos tiempos, cautivó a los naturales del lugar porque valoraron por encima de todo su sinceridad y porque tenían la sensación de que era la primera vez que se aplicaba lo del “interés general”.



Cuando Cha Nin hubo recabado toda la información, el dinero era lo de menos. Y un día de abril compró El Mercado, el mismo mercado que nuestros antepasados construyeron con tanto esfuerzo y cariño pensando en el futuro de la ciudad. Eso era precisamente lo que ocurría: que las propiedades municipales se habían ido vendiendo poco a poco, y los nuevos aruquenses perdieron el arraigo con la historia de sus antecesores, perdiéndose así el eslabón de la cadena que nos une con el pasado y nos proyecta al futuro. Por eso, y por otras muchas cosas más, Cha Nin You Fan-Fay se convirtió en el primer alcalde chino de nuestra ciudad. ¡¡Viva “Alucas”!! fue el nuevo lema, que vino a sustituir al vetusto “Ora et Labora”, del que ya nadie sabía su significado.

Y así sabemos cómo Cha Nin se hizo con el Mercado de Arucas, el mismo mercado que fuera el segundo de las islas orientales, después del de Las Palmas, cuando se terminó de construir allá por el mes de enero de 1882.

Pero este cuento, improbables lectores, NO se ha terminado, aunque digamos “colorín, colorado”.

## EL PRIMER CINE DEL SIGLO XXI (II)

Cuando Cha Nin You Fan-Fay inauguró el Cine Díaz, el mismo cine que se abriera por primera vez en 1946, Arucas comenzaba a vivir una nueva época de esplendor. La película de estreno fue la archiconocida, más que nada por sus actores principales, “**Lo que el tripactito se llevó**”, remake de aquella otra que interpretaran



admirablemente Car Gueibol, Espenser Treicy, Olivia de Javiland y Bibien Leit en los tiempos inmemoriales de Hollywood. El acto fue todo un acontecimiento... chino en nuestra ciudad. Un enorme dragón recorrió las principales calles anunciando el magnífico evento, donde las fuerzas de la oposición, en cambio, hicieron todo lo posible para fastidiar la pavana de una muerte difunta.

La inauguración, acompañada de una extraña danza de movimientos pausados, fue retransmitida por el Canal Internacional de la Municipal TV (MTV) al extranjero, sobre todo, a España, que había abandonado a su suerte a las Canary Islands cuando los saharauis fueron desplazados de su tierra por la avaricia y codicia del hijo “marroquín” de Hassan II, que en estos momentos no recuerdo su gordo nombre, y entraron en tromba los indefensos saharauis por el aeropuerto de Gando y Tenerife Sur. Se sospechaba que EE. UU. estaba detrás de ese follón, y así lo publicó la temida página web **Whiskey-leeks** al descubrir unos papeles confidenciales en la Cueva del Cisco de la Montaña de Arucas, antigua partosa donde Blas le pegó una montada a mi amigo Domingo a cuenta de unas estampas de futbolistas de la década de los sesenta del siglo pasado, cuando estudiaban en el Colegio de La Salle. También se rumoreaba que el Tío Sam pretendía instalar en el Puerto de la Luz, ahora que había rebajado sustancialmente sus costes, una base de buques nucleares; si bien se desconocía si el tipo de barco sería el denominado Clipper (ya saben, de fresa o naranja). Además, la macrocárcel de Juan Grande, demasiado grande para tan pocos delincuentes, se fue llenando de “alqaedanos”, que no son unos extraterrestres, sospechosos de querer tumbar la civilización occidental.

Pero Cha Nin no sólo desconocía este tinglado, sino que se había empeñado el hombre en repartir felicidad, mucha felicidad, a todos los aruquenses. Y lo consiguió, el muy alcalde chino. El primer burdel lo abrió al final de la Acequia Alta, donde unas jóvenes chinas daban un masaje “**de-aquí-tespero**”, que era como tocar el cielo, pues en cuanto las pequeñas mujeres ponían sus pequeñas manos en las enormes espaldas de los primeros aruquenses que por allí arribaron, después de una noche de copas en La Arabesca y en los bares de la zona, la felicidad bajaba del cielo y se concentraba siempre en un sitio, siempre el mismo, ¡qué curioso! La fama de aquel burdel trascendió las fronteras y desde Visvique, separada ahora por la Gran Charca, Lago o Laguna que había emergido de las entrañas de la tierra cuando la Montaña volvió a vomitar fuego y lava de sus apagadas profundidades, se organizaron jiras, como las de antaño en las fiestas de San Juan a dicho pago, a La Montañeta o a la ya mencionada Montaña de Arucas, que desde que su restaurante había cerrado, la fértil naturaleza, siempre viva, había vuelto a ocupar su natural espacio y lo había cubierto todo de plantas salvajes; aquello parecía el auténtico castillo durmiente de la Bella ídem.

Cha Nin lo dijo claramente:

--El segundo burdel que abliremos será para los que pieldan aceite.

Los aruquenses, que valoraban el sentido de igualdad y paridad que un zapatero había puesto de moda años atrás, como locos perdidos, gritaban:

--¡¡Viva la felicidad china, viva la felicidad plena!!

¡¡Abajo los plenos!!

¡¡Aliba Cha Nin!!

¡¡Aliba Alucas!!

¡¡Abajo los viejos paltidos tradicionales!!

¡¡Levolución o muelte!!

Y la algarabía fue a descansar al Lago de Visvique, o Laguna, o Gran Charca, (GCh), donde dormía la verdadera intrahistoria de aquella ciudad tan castigada (y que me perdone don Miguel de Unamuno y Valle por haberle copiado).

¡¡Y cololín cololado este cuento NO se ha acabado!!

## EL C. M. (III)

Cha Nin, el alcalde, no paraba:



las ideas revolucionarias que paulatinamente había ido implantando en la ciudad cada vez gozaban de más éxito y de la simpatía de los ciudadanos. Así, se empeñó en comprar la Heredad de Aguas de Arucas y Firgas y, apenas, en dos años, el ayuntamiento se hizo con ella. La cogió, la arregló, la pintó de nuevo, respetando la idea original del proyecto, acondicionó la cúpula y la cubierta, así como el destartalado reloj y plantó allí el mismísimo C.M., es decir, el **Casino Municipal**. Y para atraerse a los jóvenes, organizó Cha Nin los Primeros Bailes de la Juventud, que se celebraban los sábados y

domingos de 7 a 10 de la noche; a veces, con orquestas o grupos electrónicos en vivo, y, otras, con música enlatada, lo cual era un fastidio porque siempre aparecía aquel señor mayor diciendo que era de la Sociedad de Autores y reclamaba los “royalties” correspondientes. Pero no todo era para la juventud. Consiguió Cha Nin que los mayores recuperaran el sabor de la salida, de la baraja, del dominó, del pisquito de ron y de la cháchara alegre y distendida. Montó una biblioteca en el piso superior y el sabor rancio de la cultura volvió a renacer, y por allí recalaron tres Tertulias distintas de otras tantas ideologías. Con la Primera Verbena de Los Pepes se consagró Cha Nin y el Casino Municipal (CM), y cuando llegaron las Fiestas de San Juan el esplendor fue tal que aparecieron por allí los viejos alcaldes, los viejos secretarios, médicos, boticarios, taxistas, dulceros, panaderos, agricultores, colombófilos, comerciantes y antepasados de la ciudad, que conmovidos ante aquella visión mostráronse satisfechos porque ellos, los antepasados, habían dado los primeros pasos de aquel nuevo renacimiento, y la clara muestra de su amor inmenso por la ciudad era su presencia. Y Cha Nin, que es chino, pero muy educado, lo dijo bien claro:

--Todo esto ha sido posible porque nuestros antepasados aluquenses concibieron una ciudad viva y para vivirla y... por eso hoy... nos han visitado. Hoy, día de San Juan... ¡¡Viva Alucas!!

Cha Nin no pudo acabar la frase al ver las lágrimas desparramadas de los extraños visitantes inundar la cantonera cercana.

Y los fuegos artificiales, según la pirotecnia china, volvieron a iluminar el cielo aluquense desde la Montaña; un poco más calmada, después de la vomitona de fuego y lava que había logrado emerger la antigua Gran Charca de Visvique, o Lago o Laguna, aislando este bello pago del casco antiguo.



Pero a Cha Nin ya le había salido un opositor, que poco a poco aunaba a los desencantados. Casimiro Spleen se llamaba. Y en la intimidad, Casi.

¡Y cololín cololado, como dice mi amigo Luciano, este cuento NO se ha acabado!!

## MMMA (IV)

Cuando Moon Lee You Fan-Fay, hermano del primer alcalde chino de Arucas, el incombustible Cha Nin, se hizo con la adjudicación del Mesón de la Montaña, el lugar no solo cambió de nombre (ahora se llamaba MMMA, Mesón Milenario Montaña de Arucas), sino que se convirtió en un gran buffet de comida china, cuyas especialidades más apreciadas por el gran público eran las papas arrugadas con mojo, las carajacas, los tollos en salsa, el hígado embarrado, el sancocho y el rancho canario, que se presentaba este último bajo la denominación de “Rancho Canario como el de mi madre canaria bonita”, que era la delicia de los clientes. Indudablemente Arucas se estaba “aCHINAndo”.



Los rumores corrieron por el pueblo como el picón de la Cueva del Cisco cuando caía montaña abajo. Estaban los chinos dispuestos a comprar la Fábrica del Ron Arehucas, la de Galletas Bandama y la de Pastas La Isleña, por lo que estas empresas inmediatamente suspendieron su cotización en bolsa y amarraron sus acciones para que ningún especulador bursátil lograra engañarlos. Cha Nin, el alcalde, mientras tanto, seguía con su política populista, que no popular. No soportaba todo lo que procedía de los hijos de la Gran Bretaña, y tal era su obsesión que incluso al cafetín Liverpool se acercó un día, el que está casi enfrente de la Sociedad Atlántida, y le propuso que “porfa” cambiara de nombre, por ejemplo, “Pekín”; pero Antoñito, su actual adjudicatario, no estaba por la labor de cambiar nada. A mí no me va a venir ningún chino, por muy alcalde que sea, a que cambie el nombre de mi negocio; vamos, hombre, lo único que me faltaba.

Cha Nin comenzaba a perder fuelle. El PH (Partido Hippies) le estaba empezando a hacer daño. Todos los sábados, entre las doce del mediodía y la una y media de la tarde, un coche con un potente altavoz se paseaba no sólo por el casco, sino por los barrios también, arengando a los ciudadanos, con música de The Beatles de fondo, preferentemente “Hello, goodbye” y “Get Back”, con mensajes publicitarios del tipo “¡Aruquense, que no te engañen como a un chino” o “Todo lo Milenario no es bueno” o “Que no te cambien



la Romería por el desfile del Dragón Chino” o “Aruquense, mantén tus raíces”, y otras por el estilo.

Mientras, Cha Nin se iba calentando, como el Gadafi ese que todavía pulula por ahí disfrazado de Cantinflas, y desesperando. Si veías que la zona del bigote de su cara se llenaba de unas pequeñas gotitas era la muestra de que por dentro estaba caliente como un chino. Ya lo dice la canción: “fuego y lava en su interior, y nieve en el semblante”. Así estaba Cha Nin, desesperado hasta la médula porque cada vez el P.H. le estaba robando terreno. Sobre todo, al que no podía ver ni en pintura era a su líder, Casimiro Spleen, al que en principio despreció porque le parecía “un bobera de mucho cuidado”. Pero ya se sabe que a los alcaldes les entra siempre “el SPG, el Síndrome de la Plaza de los Gansos”, del que nadie se libra, y que como ustedes saben consiste en una “deformación caricaturesca de la sociedad a la que representan y acaban diciendo aquello de que ARUCAS SOY YO Y MIS CIRCUNSTANCIAS”; y siempre pasa lo que pasa: han de pasar tres años para que vuelvan a recuperar su estado normal de conocimiento, de educación, de tolerancia y respeto; aunque no todos los que han sido primeros ediles se curan al mismo tiempo. Algunos, como Cha Nin, ni las enseñanzas milenarias de su gran país, sirvieron para que el hombre empezara a ver que la tierra a sus pies también empezaba a moverse.

Y la culpa la tenían Casimiro Spleen, Procopio Cienfuegos, Gumersindo Pelma y Emi Arpegio, es decir, los Beatles de Arucas, los cuatro jinetes del P.H.

## CASIMIRO SPLEEN VERSUS CHA NIN (V)

Casimiro Spleen (Casi, en la intimidad) fue el primer aruquense que empezó a oponerse a la política del primer alcalde chino de nuestra ciudad, el ínclito Cha Nin, que gozó durante años del beneplácito de los “aluquenses”, como solía decir también en la intimidad, después de hablar catalán.



Era el tal Casimiro un hombre serio, con sus altibajos, como todo el mundo: primero un billar en El Terrero; luego un bar en la calle de Arriba; una exposición de motos años después y, por último, una tienda de tejidos que le mantenía lo suficiente para ir tirando. Era hombre de convicciones cristianas, pero no iba a misa y le encantaba escribir pero nadie se enteró nunca de su afición secreta. Y, sobre todo, era amante de mantener las formas, eso sí. Pero desde que Cha Nin se había hecho con el poder local, a Casimiro se le fue agriando el carácter y poco a poco se fue desmelenando. Y en cuanto se echaba un par de piscos en el Bar de Eduardo, antes de los hermanos Dávila, el hombre se embalaba:

---Y no estoy dispuesto a que este alcalde cambie nuestra Tradicional Fiesta de San Juan por la Milenaria de los Faroles. Y no quiero que un dragón se pasee por nuestras calles sustituyendo a Nuestra Tradicional Romería, ni que una bola de arroz glutinosa, con relleno de carne y dulces, suprima a nuestro Tradicional Gofio Amasao; no señor, no estoy dispuesto.

Y esto lo decía Casimiro Spleen en la misma puerta del bar, a voz en grito, para que los paisanos del cercano Parque de Los Gansos se encargaran de extender sus opiniones sin necesidad del “faisbuk” ese dichoso. Volvía a entrar; se echaba otro pisco y seguía mascullando nuevas ideas, a modo de eslóganes provisionales.

Pero el asunto fue tomando forma cuando una tarde se le presentó en la tienda Gumersindo Pelma, hombre de la reformista burguesía local, de los Pelma de toda la vida, de los de la calle de San Juan, y le dijo:

---Tenemos que hablar, don Casimiro, pero en privado.

Casimiro lo llevó a la trastienda, donde tenía la guitarra acústica que aporreaba de vez en cuando, y allí se les hizo de noche.

Mientras, Cha Nin, el alcalde, había encargado al sargento provisional de la policía local que vigilara a ese paisano que tantos gritos daba y que no le dejaba trabajar. El sargento, Procopio Cienfuegos, que tocaba el bajo eléctrico en sus ratos libres, íntimo de Gumersindo Pelma, como era de esperar se hizo el loco con la orden de Cha Nin; le fue dando largas y cada vez tardaba más en entregarle los partes informativos.



Al día siguiente, Casimiro Spleen llamó a su mejor amigo, Emi Arpegio, percusionista afamado y batería ocasional, y le contó la propuesta de Gumersindo Pelma: fundar un nuevo partido, el PH, Partido Híppies, y adoptar a Los Beatles como padrinos ideológicos y sus canciones como pilar básico del futuro programa electoral, “porque sabemos que lo que más odia Cha Nin es a los ingleses y a su música pop; no los puede ni ver. Por tanto, empezaremos a darle caña por ahí, por donde más le duele: por los hijos de la Gran Bretaña.”

Y, así, organizaron en la Sociedad Atlántida el Primer Encuentro con The Beatles, que no fue más que la primera excusa para ir divulgando las nuevas ideas del nuevo partido: el PH (Partido Híppies). Y comenzaron con “Please, please, me” y “Lady Madonna.”

Ya estaba organizada la banda de los cuatro: Casimiro Spleen, Gumersindo Pelma, Procopio Cienfuegos y Emi Arpegio: los Beatles de Arucas.

## EL PH (VI)



Cuando el PH (el Partido Hippy) se presentó en la Plaza de la Constitución, o Plaza de los Chanos, rodeado de banderas británicas con la imagen de Los Beatles, el lema elegido por la Banda de los Cuatro, Los Beatles de Arucas, fue el siguiente:

Ingleses venid,  
Ingleses llegad,  
a los pies de mi Montaña  
que necesita renacer ya.

De fondo, sonaba Get Back, y al terminar el acto, el afamado grupo The Sixties interpretarían 15 canciones 15, nada más y nada menos, del grupo de Liverpool (del Bar de Antonio no; de la ciudad británica, queremos decir). Cha Nin, el alcalde chino, contraatacó adornando el Mercado Municipal de su propiedad con motivos chinos milenarios. Los candidatos del PH lo hicieron con pelucas y trajes y pantalones de los años '60, y gente de Radio Arucas prestaron su buen hacer pinchando temas de aquellos dulces y lejanos años, para más rabia de Cha Nin.

Cuando tomó la palabra Casimiro Spleen estaba eufórico y se trastabilló al principio de su intervención. Pero en cuanto cogió carrerilla aquello fue el delirio:

“Mis queridos vecinos y conciudadanos: ya no podemos seguir aguantando el poder amarillo ni las cuentas naranja. Esto ha llegado a su límite. ¡Váyase señor Cha Nin! ¡Arranque la penca! Esta ciudad volverá a ser de los aruquenses, desde Los Altabacales hasta la costa, desde Punta Cebolla a Lomo Espino, y desde la cumbre al mar. No hay sitio para usted. Usted ha vendido todo lo que era nuestro. Usted ha alicatado toda la Montaña de Arucas y quiere destruir nuestra Vega y sustituirla por un campo de golf milenario. ¡Ah, no, por ahí no pasaremos! ¡Váyase señor Cha Nin!”.

Los atronadores aplausos de la multitud allí congregada hicieron temblar las paredes del Ayuntamiento y por un momento el suelo de la Plaza se resintió y todos se acordaron del agujero nacionalista. Pero el sonido de Get Back levantó aun más los ánimos.

¡Váyase señor Cha Nin!”.  
¡Váyase señor Cha Nin!”.  
¡Váyase señor Cha Nin!”.  
¡Váyase señor Cha Nin!”.

Y Cha Nin, que era chino pero no bobo, se acordó de la enseñanza milenaria recibida en su lejana ciudad y pensó algo así como “a mí no me echa nadie, los complalé a todos, el dinero es muy goloso: yo soy Cha Nin, el alcalde. ¡¡Viva Alucas!! ¡¡Viva yo!!”.

¡¡Y cololín cololado este cuento NO se ha acabado!!

## LA COSTA MILENARIA DE CHA NIN (VII)

Cha Nin, que cada vez se veía más acorralado por el empuje de Casimiro Spleen y sus bambucos, Los Beatles de Arucas y su odiosa música anglosajona, contraatacó con el as que tenía guardado en la manga desde que había llegado al poder municipal: **BMCC**, es decir, **Bañaderos Milenaria Costa Canaria**.

Cha Nin estaba empeñado en trasladar el Lago Martiánez del Puerto de la Cruz a la Costa de Bañaderos. “Al fin y al cabo, el clima es el mismo, el norte de la isla, la playa es muy parecida, y a ver por qué no se puede levantar en esta milenaria costa un segundo lago Martiánez. Es verdad que ya no podemos contar con la valiosa colaboración de César Manrique, pero aún nos queda Pepe Dámaso, César Pelli y Calatrava. Y también podemos contar con Ferrán Adriá, para que monte en este extraordinario e incomparable marco que es la costa de Bañaderos un segundo Bulli, para que venga turismo de alto poder adquisitivo y “haiga” colas y todo.”

En estas cavilaciones andaba el primer alcalde chino de Arucas cuando una noche, a eso de las diez y treinta y ocho, recibió una sonora ronda bajo su balcón canario. Los Beatles de Arucas se habían apostado debajo del mismo e interpretaron “Imagine”, de John Lennon, que en el silencio de la noche aruquense sonó divino y con un discreto tono Liverpool. Cuando



oyeron abrir las ventanas, salieron disparados por opuestos senderos. Cha Nin, en pijama y en el balcón, gritó en la oscuridad:

--- ¡Cablones, son ustedes unos cablones y unos pejíguelas! ¡Cobaldes, cobaldes! ¡Viva Alucas!

Casimiro, Procopio, Gumersindo y Emi se reencontraron minutos después en el bar de los hermanos Dávila, como si tal cosa, como si nada hubiese pasado. “Hemos de mantener la estrategia; en la insistencia está el éxito”, dijo Casimiro al mismo tiempo que levantaba su copa de Ron de Arucas para brindar por “este pequeño grano de arena que hemos puesto.” Luego, entre risas y bromas, cayeron unas cuantas copas más.

Pero Cha Nin tenía guardado un segundo as en la otra manga. “Mi gran proyecto es abrir en ese futuro Lago de Bañaderos una “Superchurrería-buffet” con las mejores especialidades del momento: churros metalizados en forma de porras; churros madrileños en su punto de plutonio; churros tipo-carmelo; bandeja variada de churros dragkuines; churros nucleares con humo y sin humo; churros rosados al Clipper de fresa; cartografía de churros en aceite de girasol al modo de ajos tostados, y lo que Cha Nin consideraba como la joya de la corona: rancho canario de churros variados en hoja de ñamera.”

Y estos pensamientos rumiaba cuando logró conciliar el sueño.

## ALTAGRACIA CHISPICHISPI (VIII)

Cuando Altagracia Chispichispi comenzó a rondar a Casimiro Spleen, nadie imaginó que detrás de esa operación de guerra fría (bueno, lo de fría es un decir) estuviera el ínclito Cha Nin, que la había contratado cuando un sábado por la mañana la descubriera en el Tradicional Mercadillo Milenario (TMM) vendiendo truchas de cabello milenario, mazapán milenario, albóndigas chinas en salsa Shangai y “gaseas de colores para jugar al guá”.

Tenía su encanto Altagracia, y también su mala leche. Era hábil, muy hábil con los hombres, y conseguía de ellos todo lo que quería y más. Se rumoreaba por el pueblo que



ya tenía tres pisos, fruto de tres amantes distintos y de noches tormentosas, llenas de zarpazos sexuales. Sin embargo, con Casimiro Spleen la cosa estuvo más dura; en todos los sentidos. Sus amigos de lucha antichina le advertían por activa y por pasiva que estamos perdiendo fuelle, Casi, que lo estamos perdiendo. A lo que

Casi respondía con una socarrona sonrisa que irritaba más a sus compañeros de lucha.

La conoció por casualidad. Una noche, después de repartir panfletos por la ciudad, se tropezó con ella en la esquina de Reloj con León y Castillo. Una mirada, dos. ¿Me da fuego? Otra mirada y... ¡el toletazo!

Lo que Cha Nin no pudo imaginar es que Altagracia Chispichispi, natural de la Hoya de San Juan, hija de María y de Antonio, de profesión sus labores y sus atenciones, se fuera a enamorar de Casi.

No había duda: comenzaba Cha Nin a cavar su tumba política. Pero eso es ya otra historia.



## EL TECHO DEL HOTEL RURAL

(Facsímil fotostático; archivo de  
**EL SOL DE VISVIQUE**)

### I

El día en que los aruquenses se pusieron de acuerdo para dar el impulso final al casco no sólo fue doblemente histórico, sino que significó “un antes y un después” en el devenir local y, por primera vez en mucho tiempo, se sintieron verdaderamente orgullosos de pertenecer a la ciudad en la que habían nacido, hecho que reflejaría poco tiempo después el cronista oficial en un memorable artículo en el DIARIO DE LAS PALMAS, titulado acertadamente “El resurgir de un pueblo”.

-- En este día de San Juan hemos decidido dar este paso: vamos a echar el techo del HOTEL RURAL y acabar, por fin, con la desidia, la incompetencia y la desgana institucional—dijo el presidente de la AAA, Asociación de Albañiles Aruquenses, una especie de UTE nacida desde la base.

Don Victoriano Arencibia, especialista en muebles de hoteles rurales, junto a su hermano don Armando, que había sido profesor de matemáticas y



que lo dejó porque no le dieron permiso para echar una primitiva, fueron los verdaderos impulsores de una iniciativa surgida al socaire del bar de los Hermanos Dávila, el mismo día en que la Unión Deportiva le metió una “tupía” al invencible Real Madrid de don Santiago Bernabéu. Lo que empezó siendo una charla más o menos beoda, acompañada de huevos duros, ensaladilla rusa y carajacas como nunca se habían visto, se convirtió en seis meses en una feliz iniciativa, avalada por Chanito el del acordeón, Dominguito el panadero y otros pequeños empresarios que estaban fuera de la Asociación. Los futuros albañiles de la Escuela de F. P., junto con sus profesores, se unieron inmediatamente a la iniciativa y el 24 de junio de 2017, con todo el material disponible ya en la calle, comenzaron a techar lo que una vez había sido el Casino de Arucas y tiempo después la cafetería de Bruno Déniz, de tan grato recuerdo.

-- No queremos autoridades en este acto, sólo el pueblo de Arucas resolverá este asunto y ya no vale la pena preguntarse por qué callamos entonces. Quizás, como se hablaba de que era bueno para el desarrollo local, por eso no

dijimos nada. Ahora tampoco vamos a decir nada, pero sí vamos a hablar con nuestras manos y vamos a echar definitivamente este techo. Una vez terminado, haremos un sancocho y Gustavo Martín el fotógrafo dejará constancia gráfica para la posteridad...

Don Victoriano fue interrumpido cuando su hermano, don Armando, le tiró de la camisa manchada de la chufilla de platanera como para decirle que se estaba empezando a enrollar como una persiana. Así que cortó el “embalamiento” que llevaba encima y comenzaron las obras.

Los viejos del lugar, sentados junto a la verja del Parque Municipal, que se había inaugurado en 2007, estaban asombrados con el ritmo de la obra. --Señores, vamos a sacar la entrada que el cine se abre esta tarde—dijo don Pedro, el de los dulces.

-- Y no sólo eso —dicen que dijo don Pedro el farmacéutico—ahora mismo voy a mi casa a buscar el dominó para echar una partidita en la cafetería del hotel.

## II

(Facsímil fotostático; archivo de  
**EL SOL DE VISVIQUE**)

Este periódico digital ha tenido acceso a un material que consideramos de interés para todos nuestros lectores. Reproducimos íntegramente la entrevista al primer director del HOTEL RURAL de Arucas, don Agapito Del Toro Gourié, que fuera durante muchos años embajador plenipotenciario de España en Madagascar y en Las Malvinas, Fakland en inglés, recuperadas para la Corona inglesa gracias a la Dama de Hierro. Realiza la entrevista el responsable de la sección de Sucesos Juanito Caso.

J.C.: Don Agapito, ¿cómo es que accedió usted a la dirección del HOTEL RURAL?

A.T.G.: Pues, la verdad, mi niño, es muy cierto aquello de que la tierra llama. Y después de estar tantos años sirviendo a mi patria desde el exterior, ya es hora de regresar y creo estar preparado para este reto con el que ahora voy a enfrentarme.

J.C.: ¿Es usted consciente de que este HOTEL ha dividido a la ciudadanía?

ATG: Pues, la verdad, mi niño, espero consolidar y aunar voluntades. Quiero decir que yo he venido a trabajar no para unos pocos, sino para todos. Este HOTEL unificará a este pueblo, se lo digo yo, que no soy nacionalista ni nada.

Vamos, que yo no me meto en política. He venido a gestionar y a dar un impulso, que espero que sea definitivo, a la ciudad de mis amores.

JC. Dicen por ahí, don Agapito que va a contratar a personal de fuera o foráneo o forastero o de “pallá”.

ATG: Pues, la verdad, mi niño, no sé de dónde salen esas zarandajas. El personal del Hotel será el mejor, venga de donde venga. Aquí trabajamos para obtener los mejores resultados; y nos vamos a dotar de los mejores del país en su especialidad. Hoy mismo he hablado con Arguiñano y con Arzallus, perdón, que ese es el político, quiero decir con Arzak y con el hijo de Cesáreo, insigne cocinero local.

JC: ¿Qué piensa hacer para relanzar el casco?

ATG: Pues, la verdad, mi niño, poner esto en marcha. Traer turismo de calidad es uno de nuestros objetivos; también queremos estar presente en la vida cultural y ofreceremos nuestros salones para conferencias y exposiciones. Asimismo pondremos en marcha una vez al mes una Tertulia Cultural, apolítica, que dé cabida a todo y a todos.

JC. ¿Desea añadir algo más, don Agapito?

ATG: Pues, la verdad, mi niño, más nada. Agradecer la confianza que han depositado en mi persona, a todas luces más que merecida, y espero poder cumplir con las funciones que me han sido encomendadas. Asimismo, animo a la ciudadanía aruquense a que disfrute de nuestras instalaciones. Pronto pondremos una sala de talasoterapia con agua de mar traída directamente desde Bañaderos y un baño de aguas termales con aguas procedentes de Azuaje, y para ello estamos en contacto con el ayuntamiento de Moya donde las conversaciones andan por buen camino, es decir, ya van por Buen Lugar. Y nada más, muchas gracias a todos por el acompañamiento.

Esta ha sido la entrevista a don Agapito del Toro Gourié para todos nuestros lectores. Sólo esperamos que toda vaya bien, que “haiga” salud y suerte para todos y para todas.

### III

#### EL RESURGIR DE UN PUEBLO

(Artículo publicado en **EL SOL DE VISVIQUE** por el cronista de la ciudad,

Don Diego TORRES DE MARICHAL Y VILLEGAS)

“Tiene Arucas maravillas, como su iglesia y su altar, donde se bautiza el niño, donde se enseña a rezar”, no es sólo el estribillo de una canción, sino que encierra un valor intrínseco de una ciudad añeja, laboriosa, cristiana, agrícola y urbana al mismo tiempo. Y fue en el día del Señor del 24 de junio de 2017, fecha que pasará a los anales de nuestra historia y que en un futuro

estamos seguros de que será festividad local y se incluirá en los planes de estudio dentro de la asignatura denominada

PATRIMONIO HISTÓRICO ¿PARA QUÉ?, cuando

un grupo de aruquenses, nobles, laboriosos, trabajadores, honrados padres de familia, sin deslices en sus vidas íntimas personales, sencillos, unieron sus fuerzas en una hermosa causa común: poner el techo de una vez por todas al HOTEL RURAL. Dicho así, estimados lectores, pudiera parecer una simpleza, pero es mucho más que eso. Es un gesto que dignifica a estos hombres de ahora y que han dejado una huella imborrable para el futuro, igual que nuestros antepasados se empeñaron en legarnos una ciudad bellamente arquitectónica, una iglesia más que monumental y unas calles



adoquinadas, tantas veces holladas por nuestros queridos antecesores y cantadas por nuestros insignes poetas. Por eso digo y sostengo que esta fecha es más que una fecha, es el recuerdo del cambio, del futuro, de una nueva manera de hacer política, de una nueva ciudad que sin perder sus raíces más ancestrales es capaz de superarse cada día y romper la ineptitud de unos pocos que nos han estado fastidiando tanto tiempo. Y como dijo don Miguel de Unamuno, más importante que la Historia es la Intrahistoria, es decir, la historia de tantos seres anónimos que con su esfuerzo y su quehacer diarios, siempre infatigable, enarbola la bandera del progreso, de la unidad de destino en lo universal y del valor siempre en alza de nuestra ciudad.

“Para Arucas voy, para Arucas voy a la fiesta, que San Juan llegó y nada cuesta” no es sólo el estribillo de una bella melodía, es el reflejo de un pueblo que adora, respeta y admira a todo aquel que arrima el hombro. No sé si ustedes me entienden, ni sé yo lo que digo, pero dicho queda por lo que pueda pasar.

Arucas no sólo “Ora et labora”, sino que en su inusitado esfuerzo ha extraído la fuerza interior que mora en el fondo de la Montaña de Arucas, en la de Cardones y en la de Riquiáñez, tres símbolos perennes, y si no lo son ya lo serán, pues van a ser incluidos en la nueva asignatura de Primaria MONTES, VALLES Y RÍOS DE MI CIUDAD.

Animo a todos mis compatriotas a luchar por una ciudad mejor.

Arucas, tan floreciente siempre, está llamada desde hace tiempo a ocupar el lugar que le corresponde en esta tierra de nuestros amores. Por eso pido a todos que repitan conmigo tres veces: ¡Viva Arucas! ¡Viva Arucas! ¡Viva Arucas!

#### IV

(Facsímil fotostático; archivo de  
**EL SOL DE VISVIQUE**)

El día de la inauguración del HOTEL RURAL amaneció alegre y soleado; sin apenas nubes que enturbiaran aquella mañana memorable y trascendente para la ciudad. Don Victoriano Arencibia, que en esta ocasión tuvo mucho cuidado de no ponerse la camisa manchada de platanera, pronunció un acogedor y entrañable discurso, que no podemos reproducir en esta crónica apresurada pues mientras nos dirigíamos a la redacción un viento desapacible y un tanto despreciable apartó de nuestro poder las cuartillas donde teníamos anotada la referencia y fue a parar a la cantonera del Parque Municipal, y allí desapareció, mojada, por las acequias que transitan por debajo de nuestros pies. Sin embargo, don Armando, a pesar de ser siempre parco en palabras, pronunció las más hermosas, las más sentidas, en unánime opinión de los presentes. Parece que desde que dejó la enseñanza por no haberle dado el director permiso para echar la primitiva, su mente se había ampliado y, antes tan negado para las letras, ahora surgían por doquier como un río caudaloso, igual que cuando el barranco lleva agua.

Las autoridades presentes no ocupaban un espacio relevante, sino la Asociación de Albañiles Aruquenses copaba los mejores sitios. El pueblo estaba encantado pues las obras en el casco ya habían terminado; aunque se

acercaba una nueva tormenta institucional: querían hacer desaparecer los viejos adoquines y sustituirlos por unos nuevos, y en el Parque de San Juan estaban empeñados en quitar los parterres, esos que también sirven para sentarse, sobre todo, las personas mayores que no se pueden agachar. Pero hoy el día prometía una mañana histórica; no nos alejemos de lo primordial.

Don Diego Torres de Marichal y Villegas, cronista de la ciudad, levantó el acta notarial del momento leyendo, una vez más, su conocido artículo EL RESURGIR DE UN PUEBLO, si bien suprimió las referencias a las dos asignaturas (PATRIMONIO HISTÓRICO, ¿PARA QUÉ? y MONTES, VALLES Y RÍOS DE MI CIUDAD) pues el nuevo gobierno nacional surgido de las últimas elecciones se había pronunciado muchas veces en contra de dichas asignaturas.

Tras largos aplausos, don Agapito del Toro Gourié, primer director del hotel, hombre culto y viajado, dio muestras de su excelente oratoria, fruto de sus muchos años de embajador plenipotenciario, y del nada despreciable acto de hilvanar palabras.

Por un momento, la magia se había apoderado de la ciudad. Como colofón del trascendental evento, la Banda de Música interpretó varias piezas que fueron muy del gusto del respetable.

Al final, paseo y música; y un semblante difícil de describir en la cara de los asistentes. Debía ser la magia que todos llevamos dentro.

## ARACELI

El otro día, mientras nos tomábamos unas cervezas mi amigo Carmelo y yo, nos acordamos de Araceli, la rubia. Sobra decir que sobrevino un aluvión de recuerdos que se fueron mezclando con los sorbos de cerveza, con los calamares y con las papas fritas, que dicho sea de paso, estaban riquísimas (claro está, eran de Firgas).

Araceli era, y es, alta, rubia, elegante, y con una sonrisa suave, como su voz y su mirada. A ella la conocimos en el salón, y cuando decimos el salón nos referimos al salón parroquial que está en los bajos de la sacristía. Aquel



era lo que nosotros llamábamos *el salón*, a secas, sin adjetivos añadidos.

Allí organizábamos alguna que otra fiesta, aunque al cura, a don Lorenzo Aguiar, no le gustara demasiado; es más, no le gustaba nada, pero hacía la vista gorda. De aquellas fiestas del salón salieron algunas parejas que con el paso del tiempo se casaron y, en algunos casos, también se separaron. Allí jugábamos, sobre todo, al ping-pong, donde Carmelo, Pepe y Eusebio, cuando aparecían por allí, arrasaban con todos los rivales. Carmelo, en un habitáculo pequeño de aquel local, tenía una especie de bazar, donde vendía, fundamentalmente, cigarros, refrescos, pipas, millo, botellines, etc. Carmelo era el responsable de todo aquel tinglado, y cuando se le hervía la sangre, que en aquellos años era muy frecuente, nos echaba a todos a la calle. Entonces no nos quedaba más remedio que recalar en la Plaza de San Juan o en el Parque Municipal donde iniciamos nuestros primeros ligues y, sobre todo, recuerdo que nos reíamos mucho. En aquellos años estaba muy de moda el programa de televisión *Un dos tres* y nos divertíamos mucho contando cómo había sido. De aquel salón de nuestra adolescencia salió una carroza que nos atrevimos a presentar en las fiestas de San Juan. El motivo era la plaza de San Marcos de Venecia, que estuvimos montando durante toda una noche frente al parque Franco, hoy de La Paz.

Aquel era un auténtico lugar de encuentro. Allí también ensayaba el coro de la iglesia los sábados por la tarde, justo antes de la misa de la juventud, que era a las seis. Carmelo Cabrera lo dirigía en la etapa en que yo lo conocí, y siempre se enfrentaba al cura pues no quería demasiadas modernidades en misa. Recuerdo que una vez Carmelo le dijo que “hoy el Padrenuestro no se reza sino que se canta”. El cura le dijo que no podía ser, que cualquier cosa,

menos el Padrenuestro. Carmelo no se arredró y poco a poco lo introdujo en la misa. Al cabo de un mes todo el mundo ya se sabía la música y lo cantaba junto con el coro. El cura no tuvo más remedio que dar el brazo a torcer y hasta lo canturreaba.

Bueno, pero yo quería hablar de Araceli y resulta que los recuerdos se han amontonado. Pues, nada, lo dejaremos para otra ocasión.



## DON ADAN DEL VERGEL Y MURPHY

Si hubiese que buscar el Edén por estas cálidas tierras, llegaríamos a un mismo lugar: Los Dolores.

Don Adán del Vergel y Murphy, su dueño, había conseguido que aquel campo árido, que va desde los Altos de Aguaclara hasta la Costa del mismo nombre, se convirtiera en apenas unos años en tierra fértil, productiva y cariñosa. La amaba tanto que para dar gracias a Dios ordenó construir cerca de la casa grande una ermita en la que los domingos por la mañana se celebraba misa a cargo del párroco del pueblo, que, en pago a sus servicios, siempre estaba invitado a almorzar. Olimpia Chapado Lantigua, la mujer de don Adán, controlaba debidamente todo lo relacionado con la casa. Su extraordinaria vitalidad irradiaba por toda la finca, asombrando, incluso, a los más jóvenes. De su agraciado rostro nunca se escondía la sonrisa, que fue lo que realmente cautivó a don Adán, hombre, grave, metódico, cerebral con la familia y con los negocios, con una cierta flema inglesa que le venía de su madre.

Mientras la tierra de Los Dolores seguía desenterrando sus frutos, tuvieron dos hijos: don José y don Antonio; bueno, queremos decir que con el paso del tiempo serían don José y don Antonio. Años más tarde, y cuando ya nadie lo esperaba, Olimpia quedó nuevamente embarazada, y don Adán fue objeto de bromas cuando apareció por el Casino para celebrarlo. Nacieron dos hermosísimas niñas que fueron la debilidad de su padre. Estas niñas, quién lo iba a decir, quedarían solteras y se convirtieron para siempre en *Las Señoritas de don Adán*, y así serían reconocidas hasta su muerte; de nada sirvieron los nombres con que las habían bautizado un alegre día de junio en la ermita de la finca, engalanada para la ocasión con las más bellas flores traídas del centro de la isla.



El hijo mayor se marchó a América y allí se dedicó al cine. Regresaba a Aguaclara muy de tarde en tarde. En la última visita que realizó le pidió a su padre que le adelantara su parte de la herencia pues tenía decidido que nunca más regresaría a la isla. Olimpia, cuando se enteró de su pretensión, lo entendió pero nunca le perdonó tamaña osadía. Además, cuando dijo que nunca más regresaría, a ella le sonó como si fuera una despedida. A los ocho

meses de su última partida recibieron un telegrama de la RKO Pictures en el que les comunicaban el fallecimiento de su hijo. "¡Ya lo decía yo, ya lo decía yo, a una madre no se le escapa nada, Dios mío...!" La productora les envió copias de todas sus películas: treinta y tres mudas y cinco sonoras.

Don Antonio, por el contrario, nunca salió de la isla. Sólo lo hizo una vez cuando se casó: París. Pero su carácter estaba imbricado totalmente con la tierra que amaba, con la tierra que siempre había conocido, con la tierra que siempre había pisado. Pasó a dirigir la finca cuando notó que su padre perdía las fuerzas. Y lo hizo con mano firme y justa. De su matrimonio con Nieves Machado no les proporcionó Dios ningún descendiente, así que dedicaron todo su amor a sus padres y a las hermanas más pequeñas, que eran casi como sus hijas. Mantuvo la entereza en la muerte de su padre, que fue muy sentida en toda la isla. Gracias a él la familia no se desmoronó. El entierro de don Adán constituyó una sentida manifestación de duelo, y fue la primera vez que en Aguaclara una banda de música interpretó marchas fúnebres en aquella fría tarde de noviembre.

## TOMASITO Y JOSÉ

Allá por los años en que reinaba Alfonso XIII, "Los Dolores" era una hermosa y verde finca. Realmente parecía un edén. Su vasta extensión, con un redondo estanque que cubría todas sus necesidades, estaba atendida por numerosos trabajadores. La fértil tierra producía todo lo que se plantaba, principalmente, plátanos, verduras y uvas, del que se obtenía un delicioso y aromático vino en el propio lagar de la propiedad. Esta dorada época resistió hasta finales de los años cincuenta. En la posguerra, Mariquita Almeida, mujer del capataz, se encargó de que al menos sus trabajadores pudieran paliar el hambre y el de sus hijos. Para ello repartió con equidad racimos de plátanos, verduras, papas, coles...

Ahora todo ha cambiado. La tierra ha perdido todo su poder de engendrar, se ha secado. Secos se encuentran el estanque y el lagar.

Hacia allí me dirigí con dos hermanos de Mariquita: Tomasito, de noventa y cuatro años, y José, de setenta y cuatro. Habían transcurrido dos largos veranos desde que se vieron por última vez. En el porche, y bajo una sombra deliciosa, dos viejos sillones de mimbre esperaban a Mariquita y a su vieja y soltera vecina para rezar juntas el santo rosario en las cálidas tardes del verano norteño, levemente turbado por el vientecillo marino que sube por el barranco. Encima de la puerta, una fecha: 1924. Tocamos. Esperamos.



Tomasito se quitó el sombrero negro y al rato abrió Mariquita. Al comprobar la agradable y milagrosa visita rompió a llorar entre besos y abrazos. Tomasito y José no pudieron retener aquellas lágrimas de alegría. Los tres, abrazados, caminaban lentamente por el ancho corredor. Dentro, el ambiente te trasladaba al pasado. Todo pertenecía a otra época, a otro momento. La casa, bien cuidada, limpiata; de la pared colgaban unos viejos cuadros de tonos suaves y otoñales. Los cojines nuevos servían de contrapunto a los destartalados sillones de la galería, que se hallaba repleta de plantas. Empezaron a jugar con el tiempo, con los recuerdos, con la nostalgia...

Y entonces comprendí que cada uno ocupa temporalmente un lugar, un espacio, unos amigos, una familia, un efímero momento...

## LEVÁNTATE DE AHÍ

-- ¡Levántate de la cama de una vez!

Era aquella mujer la personificación del alarido continuo y, más que hablar, emitía chillidos agudos y penetrantes capaces de alterar la calma más perfecta. En los últimos tiempos andaba más nerviosa que nunca y sus pequeños nietos, convertidos en llantos innecesarios, recibían medio pasmados sus aspavientos mezclados con sonrisas compulsivas.



Construía su marido pequeños balcones canarios para belenistas; en su azotea tenía más de veinte que enseñaba con placer y explicaba detalladamente la madera que había utilizado, la nobleza de la misma y el tiempo, medido en horas, que había empleado en cada uno de ellos. “No los quiero vender; siempre me han dicho que estas gruesas y toscas manos de albañil no servían para otra cosa hasta que me empeñé en demostrar que con estas manazas, como dice mi mujer, sí soy capaz de trabajos más delicados”. Su otro gran entretenimiento eran los pájaros: ciento cincuenta de todos los colores, clases y tamaños en un palacio enjaulado.

Cuando se dio cuenta, ya tenía sesenta y dos años y la mirada se intuía ausente y aislada. La memoria, que nos une con el pasado, había emprendido la travesía migratoria; alzó su definitivo vuelo un día de junio y ya nunca más se detuvo.

Llegadas las vacaciones de Fernando, lo *echaba* prácticamente de la casa, familiarizada como estaba a que su marido estuviese siempre trabajando. El hombre le cogió el gustillo y empezó a llegar tarde con una sonrisa etílica y bobalicona y un hablar pastoso. No le quedó otra opción a Hortensia que replantearse *la expulsión*: “mañana me arreglas el último escalón de la azotea y revisas la cisterna del baño de abajo, y si quieres luego te entretienes con tus pájaros y balcones, y luego te subo el café”.

Un mediodía de abril de 1982 el capataz de la obra la llamó: “de repente se para delante del balde de mezcla y ya no sabe qué hacer, como si no supiese reconocer las herramientas”. Hortensia, atrapada en una caverna

marina, apenas le dio importancia hasta que un miércoles de principios de mayo Fernando regresó más tarde de lo habitual:

-- Hoy casi no llego a casa y no sé por qué.

A medida que Fernando se inundaba de silencio y de autismo, la sempiterna impaciente se iba convirtiendo en una máquina de alaridos. No podía evitar sentir recelo hacia Dios, el culpable de su desgracia, al que bajaba de los Cielos y no sé si se detenía en los Infiernos o seguía más abajo. Hubo un momento en que sus hijos al verla tan permanentemente furiosa le plantearon una disyuntiva:

-- O te tomas esto con más calma o nos vamos de casa.

Hortensia, heredera de un pavoroso miedo infantil a la soledad, siempre acostumbrada a mandar y a ser escuchada desde la pequeña cocina, el lugar ideal donde se solucionaban todos los asuntos familiares, retrocedió dos palmos y cuando sus hijos se iban a trabajar sus chillidos eran sentidos solamente por Fernando.

-- Levántate de ahí, asqueroso—fueron las singulares muestras de cariño que recibió una mañana de San Juan.

## LA OFICINA AMARILLA

Amelia González trabajaba en la gestoría de Bravo Murillo con Canalejas. El enorme ventanal otorgaba al lugar el nombre de escaparate antes que el de oficina. Aquella tarde amarilla, más amarilla aún entre las cinco y las seis, servía de contrapunto al veraniego traje azul de Amelia. El ruido de las máquinas de escribir y, por momentos, el de los diferentes sellos golpeando en la mesa no eran más que el susurro rutinario de la jornada. Amelia, de pie y con unos papeles en la mano, miraba a la desolada calle desde el cristal. El olor de las cintas de las máquinas, el del piso de madera recién barnizado y el de la tinta inundaban su melancolía. “Dios mío, me he quedado sola. Hace ya un año que murió mi madre y me parece verla en la esquina de enfrente. ¿Por qué ocurre esto sólo en las tardes amarillas?”

Amelia había entrado a trabajar en la oficina de don Gumersindo Gutiérrez (Gestoría GG) con apenas dieciocho años. Siempre fue don Gumersindo un hombre adelantado a su época y que apostaba por las mujeres, pese a no ser del todo bien visto en aquella sociedad machista de los cincuenta. Ahora, Amelia, a sus treinta y dos años, había mejorado su posición en la empresa y mantenía el papel de mujer soltera e independiente, a pesar de que los pretendientes no le faltaban. Pululaban como moscas a su alrededor, sobre todo, el camarero del bar donde desayunaba, siempre atento y servicial. Ya había notado ella cierto arrimo, pero con el DIARIO DE LAS PALMAS en la mano mantenía la distancia. Jesús Rodríguez, su compañero de despacho, ya se le había insinuado indecentemente en varias ocasiones, pero cuando Amelia descubrió que estaba casado le dijo de sopetón y entre susurros:

-- Si quieres una puta, vete a la calle donde tú sabes.

A partir de aquel momento Jesús Rodríguez se convirtió en el eterno compañero de trabajo medio invisible con el que no cruzas más palabras que aquellas de los *buenos días* y *hasta mañana*. Así, Amelia fue fortaleciendo su vida y protegiéndose continuamente de aquellos hombres agresivos que sólo estaban dispuestos a eso. Y desechó también a los que se le acercaban con proposiciones honestas.

Amelia salió de su ensimismamiento cuando don Gumersindo la requirió en su despacho.

Y entonces se trasladó a su infancia, enfermiza y rodeada de algunos libros. Amelia, que había heredado la pasión lectora de su padre, en aquellos días de insomnio y fiebre, se acercaba a Salgari, a Stevenson y a Julio Verne, y

se extrañaba de que éste realmente fuera francés. Y su madre pegada a las radionovelas mientras cosía en aquellas tardes que también a Amelia se le antojaban amarillas. Sin embargo, tanto color sólo era el reflejo triste de soledades recurrentes.

Se acercó otra vez al gran ventanal. La calle comenzaba a recuperar su ruido y movimiento. Observó a la gente intentando encontrar en algunos de aquellos rostros desconocidos el de su madre. ¡Qué tonta soy! ¿Qué hago aquí? Apartó la mirada; se concentró en el informe que don Gumersindo le había dado y ya en su despacho se situó frente a la Olympia. Cada golpe de tecla la iba alejando de sus recuerdos y cuando llegó al primer punto y aparte la realidad se impuso. Para entonces la tarde ya había perdido su pajiza tonalidad y unas inesperadas nubes oscurecieron levemente lo que quedaba de dorada luz.

## FRASQUITA Y MARIQUITA

Un Viernes Santo de 1966, con el sonido de la matraca de fondo que se colaba por el ventanillo de la pequeña cocina, Frasquita Pérez, harta de tanto menosprecio y tortura, decidió asesinarle, causándole sólo el daño justo y necesario. Se compró un par de novelas de Agatha Christie para ir cogiendo recortes, pero donde más se documentaba Frasquita era leyendo EL CASO. Allí aprendió distintas variantes; pero en todos esos casos la policía, malditamente tan eficaz siempre, había dado con el paradero de los asesinos. No obstante, ella seguía resuelta:



-- A mí este cabrón no me machaca más --pensó Frasquita mientras desalaba por tercera vez el pescado del sancocho.

Claudio Galcerán, huraño, gritón y faltón, y de mal carácter en casa, era un volcán verborreico en la calle y un eyaculador precoz nato en la intimidad.

Frasquita eligió a su cómplice: Mariquita, la costurera.

--Mira, Mariquita, lo que te propongo es una cosa muy sencilla: sacar de este mundo a mi marido, que me tiene permanentemente con el miedo en el cuerpo y no quiero que me pegue más.

-- ¿Pero qué dices, mi niña? ¡Tú estás loca! ¡Ay, coño, tú te estás volviendo majara con esas noveluchas que has comprado y con esa porquería de periódico...

-- ¡Que sí, mujer, que no digo tonterías! Es matarlo pero... suavemente.

-- Si no te conociera, diría que te estás volviendo loca de remate. ¿Cómo se puede matar a una persona *suavemente*?

-- Pero si es muy sencillo, mujer, escucha: cuando esté en La Milanera, me acompañas a llevarle el almuerzo, le damos el mochazo y tú me ayudas a enterrarlo, entre mato y mato. ¿Qué te parece?

-- ¿Y después qué?



-- Nada, decimos que desapareció y ya está. Además no es la primera vez. Tú bien sabes que cuando la coge, y últimamente con más frecuencia, desaparece cuatro o cinco días; hasta en Tenerife lo han visto con los calzones como Cantinflas y alguna que otra vez le han tenido que pagar el pasaje de vuelta en el correílo León y Castillo.

-- Si es lo que yo digo, tú estás loca, Frasquita de los Ángeles.

Y el primer domingo de mayo, después de haber pregonado entre copa y copa en los bares aruquenses su admiración por las fiestas primaverales de Santa Cruz, ya nadie echó de menos a Claudio Galcerán, de mal carácter en casa y eyaculador precoz nato en la intimidad, mientras las campanas tocaban a repique de misa mayor.

## EL GENERAL CELOSO Y MEÓN

Estando el Señor General, don Armando Hierro y del Camello Timanfayés, sentadito en el espacioso despacho de su flamante y pulcra residencia, sintió una picazón muy molesta en la entrepierna que le producía desasosiego. Se rascó con la izquierda, pues la derecha la tenía ocupada en firmar unos papeles, pero la comezón continuaba torturándolo. De pronto, unas repentinas ganas de hacer aguas menores lo levantaron del asiento cual si fuera un rayo que no cesa. Se dirigió con celeridad al retrete, en esta ocasión sí que no se equivocó de puerta, y ya allí con su cosa carnosa en la mano recordó los chistes que había contado el día anterior en el selecto Club de Oficiales, y cómo la audiencia había reído sus gracias.

Mientras evacuaba esbozaba una leve sonrisa y pensó que efectivamente había logrado pasar a la historia de su amado país, por el que se desvivía desde la mañana a la noche; “por eso siempre había una luz encendida en el Palacio, para que la gente sepa que yo velo por ellos”. Como seguía expulsando y expulsando sin parar, tuvo tiempo de pensar en otras cosas: los papeles que tendría que firmar inmediatamente, y que nunca llegó a corroborar, y los momentos iniciales del golpe y los cojones que le echó para expulsar al presidente constitucional, “que menos mal, el muy cobarde, se suicidó, el muy huevón, si yo me lo llevo a encontrar allí mismo en el Palacio lo mato y lo remato, ¡qué hijoputa!” También cayó en la cuenta de que se había convertido en el primer general que, en más de un siglo, había quebrantado el tradicional espíritu cívico de las fuerzas armadas y su no implicación en los asuntos civiles, y que por esa sola razón ya traspasaría el papel de los libros de texto y perduraría en la memoria de su querido pueblo. La sonrisa permanecía en su cara y el chorro caliente salpicaba, sin intención de detenerse, la taza del baño. Entonces rememoró el Estadio Nacional, las muertes, los camiones repletos de cadáveres amontonados por las oscuras y sanguinarias calles, los negocios clandestinos de su familia y lo despierto que era su hijo para los trapicheos y las obras faraónicas que realizó en el Palacio del Presidente, y todo lo que le había esquilado al Estado, y cuando comulgó nada menos que ante el mismo Papa. “El pueblo me tiene que estar agradecido por lo que he hecho por ellos, y los que ahora no lo reconocen, el tiempo les hará cambiar de idea y llegará el día en que me darán la razón y verán que este trabajo de los últimos veinte años, y mi dedicación permanente a ellos, no ha sido un esfuerzo vano”. Su eficaz y joven secretario tocó en la puerta del despacho, pero nadie respondió. No sabía qué hacer: si insistir de nuevo o dejarlo para más tarde. Optó por esto último porque ya una vez el General lo había puesto verde delante de otras personas, y eso le había jodido bastante, ¡qué se creará! Así que dio media vuelta y se marchó sin hacer apenas ruido.

El General, que seguía vertiendo aguas cual inagotable fuente de plaza pública, continuaba sumido en sus recuerdos, gratos para él, pero no para la mucha gente que sufrió persecución, tortura y muerte. Pero él, perdón, Él, que parece que siempre está por encima del bien y del mal, sostenía que esa fama de dictador sanguinario que le habían atribuido no era más que una burda maniobra de los enemigos comunistas del país, y no sólo de ellos, sino además de los enemigos comunistas de todo el continente, de todo el planeta.

“¡Los que dicen que deje el poder es que me tienen un volcán de celos que no me pueden ni ver!” Pero no paraba de desbeber y ya tenía los dedos salpicados de un orín amarilloso cuyo hedor impregnaba todo el baño. Con la mano izquierda abrió un poco más el ventanillo que se encontraba justo encima de la vasija para que aquel insoportable olor saliera al exterior, pues ni él mismo lo podía aguantar.

Llevaba allí cerca de media hora y sólo entonces fue cuando se empezó a preocupar. “¡Dios mío, por qué no vendrá mi secretario personal!” Este, en su diminuta oficina, ya se estaba inquietando pues le parecía que había pasado demasiado tiempo sin que su superior no lo llamara. Decidió entrar en el despacho presidencial. Tocó, al principio, suavemente; después, con más ímpetu militar hasta que decidió entrar. Lo hizo y no lo vio. Lo llamó y desde el baño se escuchó una tenue voz que decía: “¡Ven aquí, jodido secretario! ¿Dónde carajo estabas?” El joven secretario quedó anonadado cuando vio lo que vio; su asombro fue doble: la masa carnosa y el incesante líquido amarilloso que desprendía un hedor inaguantable. “¡Llama a mi médico personal! ¡Vamos, rápido, zoquete!” El eficaz ayudante salió de allí disparado no tanto por la orden recibida sino por el insoportable aroma que invadía agresivamente sus fosas nasales: el hedor a perro muerto y cabra vieja. Corrió despavorido en busca del médico, que no tardó ni un minuto en llegar. Cuando vio aquel doble fenómeno de la naturaleza pensó: ¡Ay qué joderse! Enseguida puso manos a la obra. Movilizó al equipo médico habitual y puso al alcance del ilustre paciente todos los adelantos técnicos de la medicina moderna. Fue llevado al quirófano del Palacio Presidencial y allí sondearon, escudriñaron, ojearon y rastrearon y tomaron radiografías con la finalidad de encontrar una solución a aquel fenómeno de la naturaleza. El equipo de especialistas no salía de su asombro. Era la primera vez que los experimentados galenos se encontraban con un caso tan especial, tan raro, tan... ¡hediondo! El insigne paciente, a medida que pasaba el tiempo, reflejaba en su cara el mismo color de su prolongada micción. Sus manos se habían vuelto amarillosas, de color de hueso; sin embargo, la masa carnosa mantenía todo su esplendor natural (¡ya se sabe lo sabía que es la madre natural!) y si no fuera por la larga y cálida evacuación se diría que estaría dispuesta a penetrar dentro de cualquier hembra que se le pusiera delante. Las enfermeras, estupefactas, esbozaban una sonrisilla cómplice que después, en la otra

estancia, se convertía en sonora carcajada. Se miraban unas a otras y, en esta ocasión, sí se confirmaba eso que dice el pueblo de que los ojos son el espejo del alma. Allí permaneció durante tres días seguidos, pero la expulsión no cesaba y ni siquiera había perdido peso.

Había ordenado que no trascendiera nada de aquello, y que pusieran en marcha las imágenes que tenía grabadas desde hacía ya dos meses para estas ocasiones extraordinarias. Así la nación no se percataría de nada pues don Armando Hierro y del Camello Timanfayés seguiría vivo en los informativos como si tal cosa. Sus más directos colaboradores militares estaban hondamente preocupados: ¡vaya potencia tiene el presidente! ¿Y ahora qué hacemos? Pues, qué vamos a hacer, decía otro, esperar acontecimientos y rezar para que esa jodida meada se detenga ya de una puñetera vez. Entonces, uno de ellos, el más viejo, sacó un rosario y dijo: si alguno me quiere acompañar, y empezó a rezar en voz baja. Los otros sólo inclinaron la cabeza y se asomaron a la ventana y comprobaron que aquella tarde también era una tarde amarillosa, rara, azafranada, pajiza; antes nunca se habían fijado en aquella extraña luz que invadía el Palacio Presidencial. Todos los militares pensaron lo mismo; sin embargo, nadie se atrevió a comentarlo en voz alta porque creían que esa apreciación era sólo eso, una apreciación, no una premonición. El más viejo seguía rezando sentado en el sofá y poco a poco se fue durmiendo como un niño chico satisfecho después de haber mamado. Sus compañeros de armas lo miraron cuando dejaron de oír aquel susurro y pensaron al mismo tiempo: ¡Es tan mayor! De pronto la puerta del despacho se abrió. Era el joven y eficaz secretario que, con cara de circunstancia, dijo: --El Señor Presidente les ordena que vayan a su presencia.

Al llegar el allí el panorama era dantesco y el olor inmenso. El presidente gritaba como un niño chico: “¡quiero mi pelota de garepa, que alguien me traiga mi pelota de garepilla! Es una orden.”

Aquel fue el primer y único indicio de que el presidente había llegado a la senilidad simplemente por unas simples y rarísimas aguas menores. Todos los años, toda la vejez, se le había caído de pronto encima. Ni los médicos, ni los militares, ni su mujer, ni sus hijos, podían hacer nada; sólo esperar que Dios pusiera su mano y parara aquel torrente.

## LA TARDE ALARGADA

A pesar de sus cómplices miradas, en la desierta silla proyectaba toda su inquietud aquella mujer madura. El joven, con un ligero toque metrosexual, adivinaba perfectamente sus pensamientos.

En la terraza del parque de San Juan, que a esa hora temprana de la tarde aún disfrutaba de la brisa del silencio, pronto reinaría el bullicio infantil en sus rincones. Aquel día de primavera, soleado y azul como la infancia, aventuraba un caluroso verano, y Marta se percató, por fin, de su posición mientras acariciaba las manos de Pablo.

-- Esto no puede seguir así --dijo Pablo medio enfadado.

-- Por favor, no me presiones; cualquier cosa menos sentir una presión por tu parte.

-- Pero, Marta, por favor, no te obstines en esa idea, da un paso hacia adelante.

--¡Vaya, hombre, ya lo has dicho: idea, sólo idea! --exclamó Marta echándose hacia atrás, como para marcar distancia--. Yo creía que “esa idea”, como tú la llamas, significaba algo más para ti.



-- Y sí lo es, Marta, sí lo es. Pero la situación es otra; por eso, has de cambiar, bueno, hemos de cambiar.

-- Te juro que no te entiendo, Pablo. Cambiar, cambiar, ¿y lo vivido juntos dónde lo dejas?

-- Para, Marta, para, no te embales; estás mezclando las cosas y das por sentado que no

valoro estos años juntos; y eso no es así.

-- Esa es la expresión: estos años, estos años... y este sol de primavera --dijo Marta apagando su voz.

La conversación se interrumpió cuando el camarero marroquí les sirvió dos cafés calentitos. Hubo una tregua mientras bebían el aromático La Flor del Brasil y Marta no le quitaba ojo al recuerdo ausente. Pablo, en

cambio, disfrutaba del entorno: la iglesia de piedra azul y las casas con sus enormes ventanales.

--¿Qué miras, Marta? Ya estás otra vez con lo mismo. Cualquier día hablarás con todos los asientos que te encuentres.

-- ¡Qué exagerado!

La terraza comenzaba a animarse. Llegó Ana con sus dos niños terremotos, y, al poco, su hermana María, con su recién estrenado bebé. La tarde comenzaba a despertar.

--Bueno, ¿y entonces...? —dijo Pablo.

De pronto llegó un grupo de niños con un balón; la algarabía estaba naciendo. En la calle, el atasco vespertino ya empezaba a fraguarse y los nerviosos conductores hacían sonar su malestar.

Tras una pausa y una penúltima mirada a la silla vacía Marta reaccionó:

-- Mira, Pablo, ya tengo mis años y mis manías se van acentuando y me cuesta romper con lo vivido.

-- Ya lo sé, mamá, ya lo sé. Pero no puedes seguir mirando esa butaca el resto de tu vida; papá murió hace ya tiempo y...

Marta le dio un beso, colocó su bolso y el paquete de las rebajas en el solitario asiento y miró para la torre del reloj, fundida en el azul del cielo.

## MUJERES EN EL CAFÉ

--Te he llamado porque ya no aguanto más. Tú eres mi mejor amiga y ya es hora de que sepas la verdad.

Marta, que vestía un ceñido traje verde a juego con la blancura de su piel y con sus labios rojos que invitaban a ser libados, y María charlaban en la cafetería EL PARQUE, cuya mesa de mármol parecía también a juego con aquella tarde extrañamente luminosa, pero aún fría de abril. Ocultaba Marta su pelo bajo un sombrero del color de sus ojos y sus negros pendientes desprendían el aroma de aquellos tenues rayos de sol, que sabían a confidencias y a sinceridad.

--- Bueno, María, no me asustes. ¿Se trata de mi marido?

María, apoyada los codos sobre la mesa, disfrutaba de un cigarrillo. El gris vestido que llevaba evocaba su perfume favorito, que se fundía con el humo y las sombras que proyectaban los visillos de las enormes ventanas. Sólo la bufanda verde y amarilla iba acorde con la tarde.

Amigas desde la infancia; vivían una enfrente de la otra. Sólo la calle se convirtió en una engañosa frontera cuando estalló la guerra; pero ellas se empeñaron en que sus familias deberían permanecer unidas a pesar de las diferencias ideológicas de sus mayores. Y al final el tesón de ambas superó la calle y el reencuentro se produjo cuando las dos familias contaron sus respectivos muertos.



--No, mujer, tu marido no tiene nada que ver en esto.

--¿Entonces? Habla de una vez.

María apagó su cigarrillo. Echó la última bocanada de humo, como para coger fuerza y dijo:

--Verás, Marta. Ayer se leyó el testamento de mi padre y había una carta dirigida a mí. Yo, entre lágrimas, la cogí y no la leí hasta por la noche. Ya sabes

que mi padre me adoraba, más que nada porque era la única hija de tres varones y la más pequeña. Y pensé que allí decía eso: que me quería mucho, que era su preferida, y cosas así. Pero su lectura, ya te puedes imaginar, deparó otro viejo asunto que nadie conoce. Y yo sola no puedo con esta carga.

--Al grano, María, al grano.

--Creo que será mejor que te la lea.

“Mi querida María: no te aflijas por esta voz que llega desde el otro lado. No llores más. Ya sabes que siempre fuiste mi ojito derecho, aunque a tus hermanos los he querido tanto como a ti. Pero sólo a ti puedo contarte este secreto que me ha acompañado toda mi vida y que en vida no supe traspasar, como si fuera un negocio. Y te he elegido a ti porque eres muy amiga de Marta, y doy gracias a Dios por haberlas unido. Sí, María, Marta es tu hermana. Y digo hermana porque hermanastra me resulta difícil y distante. No te contaré los detalles, María, pero sólo una vez fui infiel a tu madre y Marta, quién lo iba a decir, también es mi hija. Tanto su madre como yo hemos guardado este secreto y sé que ella se lo llevó a la tumba; pero yo, tan cobarde, no puedo. Así que he elegido un papel en blanco, que sé que no me replicará, para decirte esto. ¿Disgustada conmigo, María? Estás en todo tu derecho. Perdóname. No quiero que mi secreto se convierta en tu secreto. Así que si tienes fuerza díselo a Marta; pero no quiero que dejéis de ser amigas, a pesar de esta posguerra dolorosa. Estoy convencido de que el dolor de ahora pasará y quedará para siempre la amistad. Piensa en la amistad, María, en la amistad entre ustedes. Las circunstancias de ahora sólo son zarandajas que nos obnubilan el momento, pero el momento da lugar a otro momento y a otro. Y, al final, sólo cuentan las personas.”

Entonces Marta pidió un café solo largo y la tarde azul reflejada en el bar silenció aquel momento. Sus miradas reflejaban la complicidad de toda una vida juntas; débiles regatos fluían por sus mejillas. Marta cogió la mano de María y la apretó cariñosamente. En la mesa del fondo, una pareja, entre azuladas sombras, susurraban confidencias desvanecidas en el humo de sus cigarrillos.



ISSN 1989-1210

*InfoNorteDigital.com*  
Información del Norte de Gran Canaria

© *Reservados todos los derechos. Diciembre 2012*